

BALDOMERO GALOFRE

ACABABA de nacer el ALBUM SALÓN. Hallábase en aquel período de zozobras y esperanzas que han atravesado todas las publicaciones de importancia antes de arraigar por completo en el favor del público, cuando nos sorprendió agradablemente la inesperada visita de nuestro eximio paisano, á quien creíamos ausente de Barcelona. Como es natural, tratándose de un artista tan notable, faltó tiempo para mostrarle los números publicados y pedirle su leal opinión acerca de ellos y de la arriesgada empresa á que nos habíamos lanzado, acaso con más entusiasmo que probabilidades de feliz éxito.

No hay que decir si, conociendo su proverbial franqueza, nos halagarían los aplausos que tribuló á nuestro pensamiento de hacer una Ilustración genuinamente nacional, y si aceptaríamos con gratitud, dada su pericia, los prudentes consejos que juzgó del caso darnos, para la mejor realización del mismo. No hay que decir tampoco si, habiéndole parecido oportuno nuestro propósito de dedicar anualmente algunos números á pintores de fama, pondríamos inmediato empeño en que él figurara de los primeros; lo que no pudimos conseguir de momento, pues á pesar de su buena voluntad, impedíanle ocuparse de este asunto los múltiples trabajos que traía entre manos. Comprendiendo, sin embargo, la pena que su negativa nos causaba, ofreció complacernos más adelante, sin fijar época, cuando buenamente pudiera.

Era inútil importunarle con nuevas insistencias; nos resignamos á esperar, confiando en su promesa que ha cumplido religiosamente, con la caballerosidad que tiene acreditada en todos sus actos, proporcionándonos la singular satisfacción de ofrecer á nuestros lectores el presente número, cuyo sobresaliente mérito — el del artista que lo ha ilustrado — ha de sorprenderles y admirarles.

Encabezamos con su retrato estas hermosas páginas, en que se refleja el talento prodigioso de que le ha dotado la naturaleza, y le consagramos el artículo preferente, no por vía de presentación, pues no la necesita quien como él goza de universal renombre, sino para rendirle un público testimonio de aprecio y gratitud.

¿Y qué podemos decir de Baldomero Galofre que no haya dicho y repetido en todos los sublimes tonos del entusiasmo la prensa cosmopolita, con la firma de los críticos más eminentes? Alarde necio sería el nuestro, si pretendiéramos inventar algo nuevo ó expresar con mayor autoridad y elocuencia el cúmulo de plácemes, los unánimes elogios que el mundo artístico le ha tributado en letras de molde, desde que dió los primeros pasos en su escabrosa carrera, hasta hoy que, sin desfallecimientos ni fatiga, divisa muy próxima la codiciada meta.

Esta consideración nos impelió á deponer la pluma, hartos humildes para realzar grandezas, limitándonos á reproducir una pequeñísima parte — en relación al espacio que se nos concede, — de lo mucho que en honor de Baldomero Galofre han escrito otras de buen temple y no dudosa imparcialidad.

De entre los innumerables artículos que tenemos á la vista, insertamos á continuación los pocos que por sus dimensiones, relativamente reducidas, se amoldan á los estrechos límites de nuestra publicación, y por cuya simple lectura se comprenderá cuánto debe valer quien tan altos conceptos ha inspirado á los periódicos españoles y extranjeros.

Revista de Bellas Artes (Barcelona, año 1886).

«Pocos artistas tienen una figura que les revele como á éste. A muchos de los que he conocido, si tienen algún rasgo, sólo á fuerza de observarles he llegado á descubrirselo. Galofre, lejos de ser de éstos, lo lleva pintado en la cara. Le veréis por la calle y le adivinaréis. A nadie se le ocurrirá tomarle por abogado, por médico, por corredor, por militar, etc.



No es remilgado en el vestir, ni trae el cabello á la romana, ni tan sólo se cubre la cabeza con el consabido hongo de anchas alas, y, no obstante, despierta la curiosidad; uno vuelve á mirarle y concluye por decir: «Allá va un artista».

Su retrato no me dejará mentir. Galofre tiene un perfil energético y algo de ideal en su mirada expresiva y fogosa; frente alta y noble, una barba y cabellos de caída graciosa. Su cabeza, airosa y valiente, descansa sobre un cuello robusto, y éste arraiga en anchas espaldas. En todo este busto, se revelan ya las cualidades características de sus obras: fuerza y elegancia.

Paraos á hablar con él. No se pasará medio minuto sin que veáis en las chispas de sus ojos, en ciertos movimientos de su brazo derecho des-



cribiendo espirales por encima de la cabeza, signos de una imaginación indómita. Si se prolonga la conservación, si habláis de arte, — con él casi no se habla de otra cosa, — su cara se transforma continuamente, los ojos le relucen como fósforos, las ventanas de la nariz se le hinchan y deshinchán, como las de un fogoso caballo, como las de aquellos caballos que él pinta. Cuando no encuentra la palabra correspondiente á su entusiasmo, la substituye ingenua y felizmente por un suspiro ó un sonido inarticulado, más expresivo que todos los vocablos del diccionario. Otras veces, lleva en la cara pintada la melancolía, aquel desfallecimiento del artista, que es tantas veces precursor de fiebre de trabajo. Entonces, se ensimisma; se le han de arrancar las palabras á la fuerza; su risa, ya comúnmente escasa, dibuja apenas una ligera curva en su retorcido bigote. Galofre, al día

siguiente, pintará del alba al anochecer. Una visita, un accidente cualquiera, la más pequeña interrupción, le pondrá frenético. Su vida es una sucesión continua de alegrías, de profundas tristezas, de angustias y fruiciones, de verdaderas crisis nerviosas.

Y es que Galofre no es tan sólo un pintor; es todo un artista; todo un temperamento. Hijo de un progresista de aquellos que al grito de ¡Viva Espartero! á los dieciséis ó dieciocho años, tomaban las armas y corrían á perseguir carlistas, desafiando todas las penalidades de la guerra, el hambre y la misma muerte, en aras de un ideal, ha obtenido por ley de herencia el fuego de los entusiasmos que todo ideal reclama. El padre fué un fanático de la libertad, el hijo lo es del arte y de la naturaleza. El padre bautizó á su hijo con el nombre que llevaba el caudillo de nuestras libertades; el hijo, si tuviese un sucesor, de seguro que querría darle el nombre que llevaba Fortuny, si no prefería una hija, para llamarla Natura. Y estaría, al hacerlo, tan inocente de herejía ó de querer singularizarse, que si al llegar á las fuentes bautismales le opusieran reparos, se exaltaría sin comprenderlos, y se volvería sin habérselos explicado aún. «¡Natural! ¡Oh, Santa Natura!» exclamaría, con acento italiano, como su padre debió decir: «¡Baldomero! ¡Oh, San Baldomero!»

Mirad los cuadros hoy expuestos en la *Galería París*. Allí encontraréis al fanático ferviente. Ni un cuadro de historia, ni un tipo arrancado á los libros; ni una escena de otros tiempos ó de países desconocidos del pintor: en cambio, ¡qué abundancia y maravillosa variedad hay en ellos de bellezas naturales que han sorprendido su espíritu! Del simple croquis al lápiz á *l'Áve Maria*, pasando por sus valientes carbones, por sus magníficas acuarelas, por los deslumbradores cuadros de caballete; ¡qué escala de Jacob para llegar á la gloria! Y toda esta multitud de asuntos ¿de dónde la ha sacado, sino de la realidad viviente? ¿Para qué dirigir la mirada



á otro lado? Galofre no puede hacer obras reflejadas, no puede resignarse á combinar mentiras, ni á rendir vasallaje á lo que no hace conmover su corazón. Para él, pintar es como llorar ó reír; una necesidad del espíritu conmovido por un espectáculo real; jamás falsear ideas ni embrollarse en imaginarias combinaciones, que salen del ingenio atacadas de anemia, porque no han pasado por el corazón. Pintar es para él, en una palabra, exhalar un suspiro, cantar una verdad sentida, expansionar el espíritu. Y como éste lo tiene de sensitiva, y en el mundo nada hay indiferente al artista, Galofre pinta ó dibuja continuamente, se duerme pensando en sus obras, se levanta con el alba para continuarlas, consagra su existencia toda á la contemplación del natural, al cultivo de su arte. De aquí la maravillosa fecundidad que aturde y admira á cuantos visitan su estudio.

Pintor esencialmente moderno, es, sobre todo y antes que todo, un enamorado de la verdad viva. Como el poeta, como el novelista del día, observa el mundo que le rodea; todo lo que hay en él le interesa, le conmueve, le inflama, y le hace coger el lápiz ó el pincel, para fijar todo lo que tiene de hermoso é interesante aquel fragmento de realidad, tal como lo han visto sus ojos, tal como ha atravesado por su temperamento; no con la inerte frialdad de un copista vulgar ó de la máquina, sino con toda la vida, toda la luz, todas las energías y aromas que conmovieron su co-



razón. He aquí el arte; he aquí el artista. Nada del guardarropa, del peluquero, ni del atrezista, auxiliares indispensables de los gigantes de la ciudad, de todos los mascarones y de los autores de tanta fantasmagoría como pulula por libros y telas. Galofre no condenará por eso las grandes composiciones, cuando son sentidas, ni la pintura histórica, cuando tiene por asunto acontecimientos que ha presenciado el autor, como por ejemplo: la batalla de Tetuán de nuestro Fortuny ó los episodios de guerra de Neuville. Pero no se dedicará nunca á la pintura retrospectiva ni á la simbólica, en las que, por mucho que puedan lucirse cualidades de dibujante y colorista, no pueden manifestarse aquellas corrientes de sentimiento que el artista transmite á los espectadores, porque las ha experimentado él antes. Los dibujos, las telas de Galofre son documentos de una verdad palpable, viva; nunca producto de lo que en arte se llama *manera*, ni engendros de la imaginación, ni componendas industriales á gusto de cierto público, ni frías representaciones teatrales con arreglo al patrón que dan académicos y profesores de Estética. Pintar de encargo, estoy seguro que no podría hacerlo. Componer lo que no ha visto, falsificar caracteres y épocas, hacer en una palabra, lo que no vive en la realidad ni ha empezado por impresionarle, sería para Galofre una abyección que pugna con su temperamento, con sus sentimientos de independencia y fidelidad. Podrá tal vez, por exceso de sentimiento ó exuberancia de fantasía, exagerar más ó menos una línea ó un tono; pero esto será dentro de aquellos límites del estilo propio, que, cuando se posee, es manifestación de toda personalidad. Nunca, empero, faltará concientemente á la verdad, ni hará de su arte mercancía de negociante ó acatamiento de adulador.

Y entiéndase bien que todo eso no supone en favor de Galofre ninguna virtud: es consecuencia natural de su carácter, por demás ingenuo. Relaciones con él, y veréis como es igual en su trato. No esperéis de él reticencias, ni juicios tímidos ó acomodaticios, ni miramientos á escuelas ni á nombres; ni aquellos eclécticismos ó tolerancias que algunos por falta de convicción, otros, por hipocresía tienen. Nada de eso: Galofre os dirá lisa y llanamente, con la mayor sinceridad, su parecer, pese á quien pese. Como nuestros abuelos, habla claro y catalán. Artista convencido, es intransigente, cual debe serlo quien tiene su religión por única y verdadera.

Hay más; ante vosotros, aunque sea el primer día de veros, sin fijarse, contemplará una de sus obras como el enamorado á la novia; os preguntará el mismo sus excelencias



BALDOMERO GALOFRE



VAQUEROS ANDALUCES

BALDOMERO GALOFRE



ELECCION Y CONTRATA DE CRIADAS EN ALGUNOS PUEBLOS DE ARAGON